

superiores ásperos y desabridos que no les agradeciesen lo que por ellos hacian, sino que los reprendiesen, como lo hacia Pacomio á Teodosio su discípulo, para purificarle, si habia algun polvo de vanagloria. Y mientras los superiores eran mas difíciles y desabridos, ellos eran mas obedientes. Una de las maneras religiosas de vivir, que usaban aquellos santos padres antiguamente, era estar dos discípulos debajo de la disciplina y correccion de un padre viejo, al cual tambien servian en todas las cosas, de la manera que un siervo sirve á su señor. Por donde asi como el señor á cada paso tiene ocasion de reprender y castigar á su siervo, por no hacer las cosas á su voluntad, asi tambien aquellos maestros tenian esta misma ocasion: y asi unas veces por la aspereza de su condicion, otras por ejercicio de su virtud, usaban tratar ásperamente á sus discípulos: hasta los treinta años, dice San Juan Clímaco que los probaban en varios trabajos é injurias.

Cuenta Casiano (1) de una muger noble y rica, que vivia en la ciudad de Alejandria muy religiosamente, que recibia tanto gusto en padecer que no se contentaba con llevar de buena gana las penas y trabajos que se le ofrecian, sino andaba buscando y procurando que se le ofreciesen nuevas ocasiones para ejercitarse mas en la paciencia y mortificacion. Y con este deseo fué al santo obispo Atanasio, y pidióle que le diese una viuda, de las que sustentaba la Iglesia, para sustentarla y regalarla en su casa. El santo obispo, alabando su buen deseo, mandó que le diesen una, la mas sierva de Dios, y de mas buenas y apacibles condiciones que hubiese. Llevóla á su casa, y servíala y regalábala mucho. Pero como viesse la blandura y comedimiento de la muger, y que todo era darle gracias y alabarla por

(1) Cassian. colat. 18, cap. 14.

los servicios y buenas obras que le hacia, volvió al obispo, y quejósele mucho que cómo habiéndole pedido una muger á quien sirviese, para ejercitarse y aprovecharse, no se la habia dado? El Santo, no entendiendo bien su deseo, pensando si por descuido no le habian dado muger alguna, informóse de ello, y hallando que le habian dado la mejor de todas, y entendiendo por allí el fin y motivo de su peticion, respondió que él proveeria. Y manda que le den la mas mal acondicionada y de menos virtud de cuantas habia. La cual, dice que fué mas fácil de hallar que la buena. Escogió, pues, una muger seca, desgraciada, ingrata, melancólica, airada, habladora, rencillosa, etc. Llévala á su casa, comiéndola á servir con gran caridad y humildad como á la primera, y aun mas. Y de todo no recibia de ella otra paga, ni otro agradecimiento, sino riñas, afrentas, maldiciones; dábala en rostro con todo, y decia que no la habia traído allí para regalarla, sino para atormentarla; y aun algunas veces se encolerizaba tanto que venia á poner en ella las manos. A todo esto callaba la santa muger y sufría, doblando y tresdoblando el servicio y el regalo; mientras mas injurias recibia, mayores servicios y beneficios le hacia: como los cuales ejercicios sentia ella grande ayuda y provecho en su alma. Y asi fué á dar las gracias al obispo, porque le habia cumplido su deseo, dándole tal maestra de paciencia, con quien tuviese perpétua ganancia; y ocupada en estos y otros ejercicios, murió en el Señor.

Solia contar el abad Pemenes lo que le habia acontecido con el abad José, siendo novicio. Y era, que teniendo en su monasterio el abad José una higuera muy hermosa, le enviaba cada mañana á que comiese de ella, que para la abstinencia que los monjes profesaban era una cosa extraordinaria. Un día que se lo dijo era viernes, y

él no osó comer entonces por no quebrantar el ayuno de aquel día, tan recibido y universal de todos ellos: remordiéndole despues la conciencia por no haberle obedecido, fué á él y dijole: «Perdóname, Padre, en lo que te quiero preguntar; ¿qué es la causa por qué, profesando nosotros tanta abstinencia, me has mandado todos los días que coma de los higos, y especialmente en un día como este? porque te hago saber he estado muy confuso hoy, por causa del ayuno que todos solemos tener en este día, por la cual causa no me he atrevido á comer; por otra parte tengo vergüenza y remordimiento de no haberte en esto obedecido, pues sé que sin causa no me mandarías tal cosa.» Respondió á esto el santo viejo: «Hijo, los Padres antiguos del Yermo no mandaban á los monjes á los principios cosas tan concertadas y hacederas, sino cosas que á prima faz algunas veces parecian desatinos y locuras, para probarlos si tenían rendimiento de juicio y verdadera resignacion de su voluntad; y cuando veian que hacian estas cosas sin replicar ni dudar, de allí adelante no les mandaban sino las cosas necesarias y convenientes.»

En las *vidas de los Santos Padres* se cuenta que uno de aquellos Santos antiguos vió una vez cuatro órdenes de justos en el cielo. El primero, era de los hombres enfermos, que en sus enfermedades habian tenido paciencia y dado gracias á Dios. El segundo, superior á este, era de los que acogian y hospedaban á los pobres y peregrinos y servian á enfermos; y finalmente se ejercitaban en obras de caridad. El tercero, era de los que dejadas todas las cosas vivian en el Yermo con mucha pobreza y abstinencia, ocupados en oracion. El cuarto orden, superior á estos, era de aquellos que por amor de Jesucristo vivian en obediencia, sujetos á voluntad agena en todo; y estos vió que estaban con cadenas y colla-

res de oro y que tenian mas gloria que los demas. Maravillado de ver esto, preguntó cómo tenian aquellos mas gloria que los monjes solitarios y los demas. Y fué respondido que la causa era porque los monjes en su soledad, y los que se ocupaban en obras de caridad, en lo que hacian cumplieran su propia voluntad; pero el obediente no, antes la sacrificaba á Dios; y como la voluntad era cosa tan estimada en el hombre, asi el sacrificarla era de tanto mérito delante Dios: y aquella honra de aquellos collares de oro, era porque abajaron sus cervices al yugo de la obediencia.

Concuerta con esto lo que se cuenta de el abad Pambo, que viniéndole á visitar cuatro monjes del Yermo, todos muy señalados en virtud, porque el primero se señalaba principalmente en ayunos y asperezas grandes que hacia; el segundo en pobreza; el tercero en caridad para con sus prójimos; el cuarto habia veinte y dos años que vivia debajo de obediencia; el santo abad antepuso este último á todos los otros tres, porque aquella virtud que tenian, la habian conservado de su voluntad; y este, dejand o totalmente su voluntad, se habia hecho siervo de la agena. Y diciendo esto añadió que los que esto hicieren, perseverando hasta el fin, se pueden llamar verdaderamente mártires.

CAPITULO IX.

De dónde nace el tener juicios contra la obediencia, y de qué medios nos ayudaremos contra ellos.

La raiz de donde nace el ofrecérsenos juicios y razones contra las cosas que ordena la obediencia, es nuestra inmortificacion. Pero dirá alguno: «eso parece que es como si preguntáramos de dónde nace ser soberbio, y respondierades que de falta de humildad. Claro está que si yo tuviera

mortificado el juicio, tuviera simplicidad en la obediencia y no tuviera juicios contra ella. Pues no digo eso, sino lo que digo es, que de no estar nosotros mortificados en nuestras pasiones y apetitos, y de ser muy amigos de nuestras propias comodidades y cumplir nuestra propia voluntad, y de no estar indiferentes y resignados para todo lo que nos pueden mandar: de ahí nace que, cuando lo que nos mandan es contra nuestra voluntad y apetito, se nos ofrecen muchas razones y juicios contra ello; sino, entre cada uno dentro de sí, y mire cuándo se le suelen comunmente ofrecer los juicios y réplicas contra la obediencia, y hallará que cuando le mandan aquello á que tiene repugnancia, cuando no le conceden lo que quiere, cuando le mortifican y tocan en lo vivo y en lo que le duele, entonces vienen á montones las razones aparentes contra lo que se ordena; empero cuando le mandan lo que le dá gusto y es al sabor de su paladar, no se le ofrecen ningunos juicios ni razones contrarias, antes le parece que viene de molde y que es la cosa mas acordada del mundo.

San Gerónimo, sobre aquellas palabras del profeta Oseas: "Fué hecho Efrain como una paloma engañada que no tiene corazón (1)," pregunta por qué Efrain no se compara á otras aves, sino á la paloma. Y responde: Esotras aves procuran defender sus pollitos, aun con peligro de su vida; y cuando ven que el milano ó el gavilan, el cuervo ó la culebra llega á su nido, anda volando ó revoloteando, defendiendo cuanto pueden á sus hijuelos; y cuando mas no pueden, muestran el dolor que sienten con una voz ó quejido lastimero. Pero la paloma no defiende á sus pollitos, no se queja ni muestra sentimiento cuando se los quitan,

(1) Et factus est Ephraim, quasi columba seducta, non habens cor. Osee VII, 11.

ni los anda despues á buscar (1). Por eso se compara Efrain á la paloma. Y por esto nos dice á nosotros Cristo nuestro Redentor (2), que imitemos á la paloma, que cuando nos quitaren á nuestros hijuelos, aquello que amamos y á que estamos aficionados, seamos como la paloma, que no resistamos ni contradigamos, ni nos quejemos, ni mostremos sentimiento de ello. De manera, que de nuestra inmortificacion y de la dificultad y repugnancia que sentimos en aquello que es contra nuestra voluntad, de ahí nacen los juicios; y asi, el medio principal que podemos poner de nuestra parte contra esta tentacion, es procurar mortificarnos y no tener propia voluntad, sino estar muy indiferentes y resignados para todo lo que el superior quisiere hacer de nosotros, y que no se nos dé mas que nos manden esto que aquello.

Por eso aquellos santos Padres antiguos, como buenos maestros de espíritu, ejercitaban mucho á sus súbditos mandándoles cosas que parecian fuera de propósito, para probar su obediencia y quebrarles la propia voluntad y juicio; y asi, aquel sin propósito, era muy á propósito; porque mucho mas va en que vos os mortifiqueis y en que os quiebren vuestra voluntad y juicio, trayéndoos al retortero, que en lo que se podia ganar haciendo la cosa de otra manera. Muchas veces quiere el superior que se pierda aquello y lo otro, por ganaros y aprovecharos á vos; y no es pérdida esa, sino ganancia. Asi como los que doman los caballos briosos, los hacen andar unas veces apriesa, otras despacio, otras al rededor, otras al medio del caracol volver al revés, y en medio de la carrera parar de repente, para que asi se acostumbren á obedecer al freno y á no seguir sus impe-

(1) Sola columba ablatos pullos non dolet, non requirit. Hier. loc. cit.  
(2) Matth. X, 16.

tus y movimientos; de esa manera hacen los buenos maestros de espíritu. Asi leemos que lo hacia el gran Antonio con su discípulo Paulo; haciale coser la vestidura, y luego tornarla á descoser; y tejer la cestilla, y luego destejer lo que habia tejido. Y otros hacian á sus discípulos que sacasen agua del pozo y que luego la derramasen en el mismo pozo; y del bienaventurado San Francisco leemos que en medio del camino hacia á su compañero Fray Maseo que diese tantas vueltas al rededor, hasta que desvanecido y aturdido caia en tierra; y á los otros que querian entrar en su Religion, les mandó plantar lechugas y colino al revés, las raíces hácia arriba, para probar su obediencia y desarraigar de ellos todo el propio sentido y que no quedase rastro de propio juicio, ni de propia voluntad. ¡Y pluguiese á Dios que se usase mas el día de hoy este ejercicio, porque si uno estuviere acostumbrado á que le hiciesen deshacer lo bien hecho, no se sentiria cuando le reprendiesen lo mal hecho!

Pero porque esta mortificacion y resignacion entera pide grande perfeccion, mientras no llegamos á ella, nos podemos ayudar de nuestra propia inmortificacion, conociéndola y atribuyéndolo todo á ella. Y ese será muy buen medio para que los juicios y razones que se os ofrecen contra la obediencia no os hagan daño ninguno, porque entendiendo que aquello es falta é imperfeccion vuestra, no hareis caso de ello. Un enfermo que conoce su enfermedad, bien sabe que aunque tenga sed, no le conviene beber, y que aunque le amargue la purga y le duela la sangria, aquello es lo que le conviene, y por esto no cree á su apetito ni se fia de sí, sino sujétase al médico, siguiendo su parecer y teniendo aquello por lo mejor. El conocer que está enfermo, le ayuda para no fiarse de sí, sino seguir el parecer del médico; asi nos-

otros estamos enfermos, llenos de amor propio y de pasiones desordenadas, no sabemos apetecer sino lo que nos hace daño, como el enfermo, y lo que es bueno y provechoso, eso nos dá en rostro y nos enfada. Pues usemos del remedio que usa el enfermo que quiere sanar; no nos creamos á nosotros, sino creamos al superior, que nos cura y nos rige, y tengamos por acertado lo que él manda y ordena, no haciendo caso de los juicios que se nos ofrecen, sino teniéndolos por antojos de enfermos. De esta manera no solo no os dañarán los juicios y razones que se os ofrecen contra la obediencia, antes sacareis fruto de ellos y os confirmareis mas en la obediencia, porque volvereis luego sobre vos diciendo: «como estoy enfermo, dame en rostro lo bueno y lo que me hace provecho; no he menester yo otra señal para entender que aquello es lo que conviene y lo mejor, que darne á mí en rostro y ofrecérseme dificultades contra ello, porque estoy enfermo y tengo estragado el gusto.»

Este es gran remedio contra todos los juicios que se nos ofrecen, no solo contra la obediencia, sino tambien contra nuestros hermanos; volverlos luego contra sí; «yo soy el que ando ciego y errado, que lo que va bien me parece mal, ¿qué juicio tengo yo para quererle hacer regla de otros?» Y cuando os diere en rostro la condicion de vuestro hermano y su modo de proceder, habeis de echaros á vos toda la culpa: «yo soy el que tengo la mala condicion, y por eso me da en rostro aquello y lo otro; en mí esta la falta y no en el otro.»

Contra todas las tentaciones es gran remedio entender que aquella es tentacion, y por eso el demonio cuando nos quiere tentar, trabaja cuanto puede por que su tentacion no parezca tentacion, sino razon, para que caigamos en ella. Como el cazador,

cuando arma el lazo procura siempre que no parezca lazo, sino cebo, porque aun la bestia y el ave no caeria en él si le tuviese por lazo. Asi hace el demonio; transfigúrase en ángel de luz (1), para que pensemos que es luz y claridad lo que es oscuridad y tinieblas. ¡Dios os libre de la tentacion que no parece tentacion sino razon! Cuando vuestros juicios os llevan tan de vencida, que os hacen creer que aquello no es pasion ni tentacion, y que no lo decís por lo que á vos os toca, sino por ser cosa clara y que cualquiera lo echará de ver, entonces grande es vuestro peligro y trabajoso el remedio. Esas que vienen con apariencia de bien, son las mas graves y peligrosas tentaciones (2): cuando la tentacion viene descubierta la cara, podeis ayudaros de muchos medios para vencerla; pero cuando no se conoce por tentacion, sino antes se tiene por razon, ¿cómo la habemos de desechar? Cuando no se conoce uno por enemigo, sino antes se tiene por amigo, ¿cómo nos habemos de guardar de él? Decia un gran siervo de Dios que él no tenia miedo á los defectos que conocia y aborrecia, sino á los que no conocia, ó no estimaba, ó escusaba.

Pues volviendo á nuestro punto, digo que será gran remedio para cuando se nos ofrecen razones y juicios contra la obediencia, volvernos contra nosotros y entender que esa es enfermedad é inmortificacion y falta nuestra, y asi no hacer caso de ellos: y tenemos harta razon para hacer esto; porque tal es nuestra carne y sensualidad, que luego inventa y halla muchas razones aparentes para lo que le da gusto y contento, y muchos inconvenientes para lo contrario. Ciéganos tanto el amor propio y las pasiones que tenemos, que fácilmente nos hacen

creer y juzgar de la cosa muy al contrario de lo que ella es. Asi como al hombre que tiene gran sed, el agua le parece la cosa mejor y mas dulce y sabrosa del mundo, porque juzga segun la disposicion que tiene, asi al que tiene alguna pasion viva, la aficion desordenada que tiene le representa la cosa muy diferente de lo que es y le hace juzgar lo contrario de la verdad; y pues el hombre conoce de sí que no está limpio de las aficiones terrenas y que tiene vivas muchas pasiones, no se ha de fiar fácilmente de su propio juicio, antes le ha de mirar como á enfermo y enemigo para guardarse de él.

Y no nos habemos de contentar con no dejarnos llevar de estos juicios, sino habemos de procurar quedar mas aprovechados de la tentacion, y mas confundidos y humillados, diciendo: «¿Cómo? ¿que yo sea tan soberbio que tenga juicios contra mi superior? ¿Que vine yo á la Religion á ser estropajo de todos y que me quiera yo anteponer al que es mi cabeza y superior de todos? No vine yo á mandar, ni á regir, ni gobernar, sino á obedecer y ser mandado: no tengo yo de juzgar á mi guía, sino ella á mí.» Este es un remedio general, y muy provechoso para sacar fruto de todas las tentaciones (1). De la misma soberbia y vanagloria que nos viene, habemos de tomar ocasion para humillarnos mas: asi como el demonio procura hacer de la triaca ponzoña, haciendo que nos ensoberbecemos de la virtud y del mismo acto de humildad que hacemos; asi nosotros habemos de hacer de la ponzoña triaca, humillándonos mas de la soberbia que nos viene. «¡Que siendo yo tan ruin y tan imperfecto como soy me viene soberbia! ¡Que de lo que hago mal me viene vanidad y quiero

(1) Ipse enim Satanas transfiguratur se in angelum lucis. II. ad Cor. XI, 14.  
 (2) Part. II, trat. 4, cap. 19.

(1) Part. II, trat. 4, cap. 22.

ser tenido y estimado por ello! Ahí se verá bien quien yo soy.» Esta es una maravillosa contramina para los ardidés del demonio, procurar sacar ganancia de donde él procura nuestra pérdida (1).

De otras muchas cosas nos podemos tambien ayudar para no dar crédito á nuestras razones, ni hacer caso de nuestros juicios, sino tenerlos siempre por sospechosos. Lo primero, porque si en todas las cosas dicen comunmente los sábios que es prudencia verdadera no fiarse uno de su propia prudencia, ¿cuánto mas lo será en las cosas propias, donde uno es parte? Cosa clara es, y primer principio en filosofia moral, que ninguno es buen juez de sí mismo (2). En las cosas propias, comunmente no son los hombres buenos jueces, por la pasion y amor propio que nos ciega; y asi no es razon que nos fiemos de nuestros juicios, sino que sigamos el juicio del superior y ese tengamos por acertado.

Lo segundo, nos puede ayudar para esto que el súbdito mira algunas razones particulares que se le ofrecen, y el superior mira estas y otras muchas que el súbdito no sabe ni puede saber; y aunque considerando solas aquellas razones particulares, fuera por ventura lo mejor lo que á vos se os ofrece; pero considerando juntamente todas las razones que el superior sabe que hay, no es esto lo mejor; y asi no solo en via de Religion y de perfeccion, sino en ley de prudencia, es grande indiscrecion y soberbia ponerse uno á juzgar y sentenciar lo que ordena el superior, por una razon ó dos que se le ofrecen, á las cuales ha dado el superior muchas vueltas, y tiene él otras por las cuales conviene hacer otra cosa. San Agustin trae una buena comparacion

de la cabeza, que es la parte superior del hombre. El ánima, dice, anima y vivifica todo nuestro cuerpo; pero en la cabeza resplandecen todos los cinco sentidos, ver, oír, oler, gustar y tocar. En los demas miembros solo hay el sentido del tacto, y por eso todos los miembros están sujetos á la cabeza, y ella está encima de todos ellos, como superior, para regirlos y gobernarlos; pues asi en el superior, como en cabeza, resplandecen todos los cinco sentidos, y en vos, como en miembro, solo uno. Vos tocaís una sola razon particular, y el superior las toca todas; oye, ve y sabe todo lo que hay en aquel caso, y asi es razon que se sujeten los miembros á la cabeza. Aun allá suelen decir que mas sabe el nécio en su casa que el cuerdo en la agena; cuánto mas sabrá el cuerdo en su casa que el otro en la agena. Dice el Sábio: «No juzgueis contra el Juez, porque él juzga segun es justo (1).» Mirad que es indiscrecion querer juzgar lo que no sabeis por donde va ni por donde viene, ni lo podeis saber, ni es bien que lo sepais.

Lo tercero, ayudará para rendir nuestro juicio y sujetarnos al del superior, considerar que el superior mira el bien comun de toda la casa y de toda la Religion, y vos como particular mirais en derecho de vuestro dedo, y teneis ojo á vuestras comodidades particulares, y el bien comun y universal háse de preferir al particular; que aun acá vemos que las cosas naturales dejan de hacer segun las particulares inclinaciones por el bien comun y universal, como el agua deja de correr hácia abajo en la cantimplora y otras veces sube arriba porque no se dé vacío, por la perfeccion del universo, que dicen los filósofos: *Propter perfectionem universi*. Asi cada particular ha de

(1) Salutem ex inimicis nostris, et de manu omnium, qui oderunt nos. Luc. I, 71.  
 (2) Nemo est rectus iudex sui ipsius.  
 B. del G., to. n.º XV. — II. — EJERCICIO DE PERFECCION Y VIRTUDES CRISTIANAS. — T. II.

(1) Non iudices contra iudicem, quoniam secundum quod justum est, iudicat. Eccl. VIII, 17.  
 38

ceder de su comodidad ó inclinacion para que se cumpla con el bien comun á que atiende el superior.

Lo cuarto, ayudará tambien para que no demos crédito á nuestros juicios la experiencia que tenemos de nosotros mismos. ¿Cuántas cosas creimos y tuvimos por muy averiguadas, y las afirmamos por ciertas, en las cuales manifestamente fuimos engañados, mudamos parecer, y nos avergonzamos despues de haber creído lo que creimos y juzgado lo que juzgamos? Si un hombre os hubiera engañado dos ó tres veces, no os fiárades mas de él: pues ¿por qué os fiáis de vuestro propio juicio habiéndoois engañado tantas veces? Y asi esta experiencia que tiene uno de su ignorancia y de haberse engañado otras veces, suele ser causa que en las cosas en que los mozos fácilmente se determinan, los mas antiguos procedan con mas recato y consideracion como gente madura, prudente y esperimentada.

CAPITULO X.

Decláranse tres razones que dá el Apóstol San Pablo para obedecer.

“Obedeced á vuestros superiores y sujetaos á ellos, porque velan como que han de dar cuenta de vuestras almas, para que hagan esto con alegría y no con pena; porque esto no os conviene á vosotros (1).” Tres razones nos dá el Apóstol San Pablo en estas palabras para exhortarnos á obedecer á nuestros superiores, que púes son razones del Espíritu Santo, y dichas por boca del Apóstol, no pueden dejar de

(1) Obedite praepositis vestris, et subjacete eis. Ipsi enim pervigilant, quasi rationem pro animabus vestris reddituri, ut cum gaudio hoc faciant, et non gementes: hoc enim non expedit vobis. Ad Hebr. XIII, 17.

ser muy buenas y provechosas. La primera es: Obedeced á vuestros superiores y haced todo lo que os mandaren: siempre se entiende donde no hubiere pecado, como queda declarado (1), y en ese fundamento vamos siempre en todo lo que dijéremos. Pues sujetaos á ellos, porque ellos velan como quien ha de dar cuenta á Dios de vuestras ánimas. Uno de los mayores descansos y consuelos, que tenemos los que estamos en Religion, es este, que estamos seguros que, haciendo la obediencia, vamos acertados. El superior es el que podrá errar en mandar esto, ó aquello; mas vos cierto estais que en hacer eso que os mandan no errais, porque á vos solamente os pedirá Dios cuenta si hicistes lo que os mandaron, y con eso dareis vuestro descargo muy suficientemente delante de Dios. No teneis que dar cuenta, si fué bien aquello, ó si fuera otra cosa mejor; porque eso no pertenece á vos, ni se pondrá á vuestra cuenta sino á cuenta del superior. En haciendo la cosa por obediencia, quita Dios eso de vuestro libro, y lo pone en el libro del superior. Y asi dice San Gerónimo: «¡Oh libertad y seguridad grande la de la obediencia, con la cual apenas puede uno pecar (2)!» En cierta manera, dice, nos hace impecables la obediencia.

Especialmente, para los que nos ocupamos en ministerios con prójimos, es gran consuelo estar uno satisfecho que hace en ello la voluntad de Dios. Si estuviéramos allá en el mundo, por buenos que fuéramos, y por mucho deseo que tuviéramos de agradar á Dios, siempre estuviéramos ardiendo entre estos dos fuegos; ¿si se servirá Dios mas de que atienda á los prójimos ó á mí solo? Pero acá en la Religion ya es-

(1) Cap. VI.  
(2) O summa libertas, qua obtenta vix possit homo peccare! Hyeron. in Regul. Monachorum, cap. 6.

tamos libres de esas dificultades, porque nuestro instituto es ocuparnos en ayudar á los prójimos, y para eso nos llamó Dios á la Compañía, y él nos pone en eso; y asi estamos ciertos que agradamos á su Magestad en ello. No se atreviera el otro á confesar allá fuera, y si lo hiciera, anduviera con temor si agradaba á Dios en ello ó no, ó si se habia de perder por allí ó no; y ahora confiesa con seguridad, y está cierto que sirve á Dios en ello. No os pusistes vos en ser confesor, ni en ser predicador, ni en ser superior; si sois para ello ó no, los superiores, que os pusieron, darán cuenta á Dios de eso, porque ellos velan, como que han de dar cuenta de vuestras almas (1).

Concuerta muy bien con esto San Juan Climaco que tratando de la obediencia (2), entre otros epítetos que le dá, dice que la obediencia es escusa delante de Dios. Si me preguntaren ¿por qué hicistes eso? Señor, porque me lo mandaron; con eso responderé á Dios y quedaré bien escusado delante de él. Es, dice, navegacion segura, camino que durmiendo se pasa. Asi como el que va en el navio sentado y durmiendo, va caminando y no tiene que tener cuidado de su camino porque el piloto lo tiene, asi el religioso que vive debajo de obediencia, echándose á dormir, esto es, sin trabajo ni cuidado de lo que ha de hacer, va caminando al cielo y á la perfeccion, porque velan por él los superiores, que son los pilotos y maestros de este navio. No es poco, sino mucho, pasar el golfo de este mundo en brazos y hombros ajenos. Pues esa es la merced que ha hecho Dios al religioso que vive debajo de obediencia, que toda la carga echa acuestas del superior, y él se va descansado y sin cuidado de si será mejor esto ó lo otro.

(1) Ipse enim pervigilant, quasi rationem pro animabus vestris reddituri. Ad Hebr. ubi sup.  
(2) Climacus, gradu 4.

Esta es una de las cosas que mueve mucho á vivir debajo de obediencia y entrar en Religion á gente virtuosa, librarse de infinitas perplejidades y congojas que tienen allá en el mundo, y acertar á servir y agradar á Dios; porque aunque las cosas en que allá quieren ocuparse sean buenas, no saben si es dado á ellos entender en ellas, porque no es de todos hacer lo que es bueno, especialmente cuando escede de nuestras fuerzas, como es la obra de enseñar ó tener cargo de otros. Y asi dice un doctor muy grave, que mas querria él coger pajas del suelo por obediencia, que entender en otras obras grandes por su voluntad; porque en aquello que hace por obediencia, está cierto y seguro que hace la voluntad de Dios, y en esotro no; y no solo en los ministerios y ocupaciones con nuestros prójimos nos asegura la obediencia y nos libra de muchas dudas y dificultades, sino tambien en las cosas particulares de nuestro propio aprovechamiento espiritual; porque si estuviera yo allá en el mundo y deseara servir á Dios, tuviera pena y estuviera en duda si cómo mucho ó si cómo poco, si duermo mucho ó si duermo poco, si hago poca ó mucha penitencia, si tengo poca ó mucha oracion; y acá en la Religion todas esas dudas están allanadas, porque cómo lo que me dan, duermo el tiempo señalado, hago la penitencia que me tienen tasada. Todas esas cosas están acá tan miradas y pesadas por los superiores, que estoy muy seguro y cierto que siguiendo el orden de la obediencia hago la voluntad de Dios, y no solamente en lo espiritual, sino tambien en lo temporal; es esta una vida muy quieta y descansada, porque, al fin, como quien va en una nave bien abastecida, asi el religioso no tiene necesidad de procurar las cosas necesarias. De manera, que no solo vela el superior sobre nuestras almas, sino tambien sobre nuestros cuerpos: que no te-